

Despedida a Latcham

(Fragmento del discurso con que Carlos Martínez Moreno despidió, en la Universidad de la República y en nombre de los escritores del Uruguay, a su colega chileno el Embajador Ricardo A. Latcham, en 1963).

A TRAVES de cuanto ha escrito y opinado, su generosidad humana no ha conocido jamás el cálculo de la cavilosa crítica, de la parsimonia propia de los consagrados que cierran el paso a los más jóvenes, del defensor de la trinchera generacional. Es muy raro que algún poeta o algún narrador que valga haya dejado de merecer, en sus mismos comienzos, una atención seria y un comentario estimulante de Ricardo Latcham. Y cuando uno está en Chile y los escritores de toda edad y de cualquier promoción le preguntan "¿Qué hace don Ricardo por allá?", la interrogación aúna el interés afectuoso por su persona, la busca de esa noticiosa lozanía que puede extraerse siempre de sus aquiescencias y de sus juicios, el interés cordial por la prosecución —bajo otro cielo americano— de la obra de un maestro sin tregua y también —¿a qué negarlo?— la vaga inquietud simpática que suscita el saber que está obrando en su rotunda vitalidad, lejos de Chile, esa tremenda y telúrica fuerza de la naturaleza, con mucho de sismo, que hay en él.

En una nota sobre Mariano Picón Salas, a quien ha reverenciado siempre como el conductor más sagaz (venido de fuera) que tuvo la generación del 20, Latcham dice de él que "sabe captar como pocos todas las vivencias de un continente que ha recorrido de un extremo a otro. Vagabundo de la cultura —agrega—, ciudadano de una república literaria ideal, lo mismo lo oímos discurrir sobre la Colombia convulsinada en 1948 que sobre el pacífico Méjico de 1949". Frases muy parecidas podrían escribirse acerca del fervor andariego y de la despierta apetencia de conocimiento que la edad madura no ha podido acallar en Ricardo Latcham.

Porque este crítico famoso no es un hombre reticente y reservado, como la gente que no lo es (o a veces la pedantería de algunos que creen serlo) quiere que se considere a los críticos. No es un apolíneo, un contenido, un cauteloso. El eufemismo no figura en su diccionario, el disimulo no es una actitud moral o mental que haya inventado para él. Latcham es un dionisiaco y un vitalista. Sus amigos no lo son exclusivamente por ni acaban en la literatura. Mario Benedetti recordaba hoy mismo, en una semblanza periodística, la frase con que Latcham ganó para sí el auditorio joven del último congreso del *Pen Club*, realizado el año pasado en Buenos Aires. "Si los escritores se reúnen para discutir estética —dijo allí— mejor se-



Ricardo Latcham

ría que se quedaran en su casa". Es que su interés por las cosas no se agota nunca en el resorte de la expresión literaria, sino que va siempre a y viene siempre de la vida, solicitándola a fondo. Porque la vida misma —la relación humana, la vida de los pueblos, la comprensión del hecho social— tiene en él algo más que un testigo predispuesto. Latcham es, en todos los terrenos donde deduzca su interés, un agonista impulsivo, un cultor apasionado.

De ahí esa enjundia vital que —por encima de su aguda inteligencia, por encima de su rigurosa formación humanística y por encima de su prodigiosa erudición de nombres y títulos que corresponden a viajes hechos a conocimientos entablados y a lecturas portentosamente memorizadas —me parece, nos parece a todos nosotros, su rasgo más importante y su veta más caudalosa, de la que manan todos los demás valores, en que es tan exuberante y dadivoso su trato.

Y la forma amistosa de esa generosidad es su tremenda facundia verbal; a veces —que me perdone Latcham— habría que hablar de su implacable facundia verbal. Cuatro años de frecuentación casi semanal me han permitido enriquecerme y so-lazarme con ella, y puedo afirmar que ése es el costado brillantemente creador de este crítico. Es, por lo demás, el instrumento adecuado a un registro enormemente extenso y abigarrado de la vida, a una visión colorida y barroca de personas, de situaciones, de incidencias. En estos 4 años, a pesar de la prodigación conversacional de Latcham, las repeticiones de su discurso han sido mínimas; y ese caleidoscopio literario, anecdótico y vital ha echado sobre nosotros un turbión de imágenes, recuerdos y anotaciones de épocas y lugares que serviría para llenar el más dilatado de los museos imaginarios.

Carlos MARTÍNEZ